

# Portugal

derable poder: el del Ejército. No olvidemos que si Portugal vuelve aparentemente a un régimen civil, el peso del Ejército es tal que los tres candidatos principales eran militares. Mario Soares, con o sin alianza, va a tener que implantar un programa económico propio de la Europa Común y de la Alianza Atlántica, de la zona del imperio de los Estados Unidos en que se encuentra y del que depende, quiera o no; es decir, unos estímulos a las industrias y unas restricciones en los salarios. Un socialismo capitalista, como el de los laboristas en Inglaterra o el de los socialdemócratas en Alemania Federal. Quizá no haya sido esa su vieja vocación revolucionaria, pero en el examen de realidades portuguesas ha supuesto que no tiene otra opción. Lo que vayan a hacer este 26 por 100 de la población electoral portuguesa que han votado a los comunistas y a las izquierdas revolucionarias en esas circunstancias es imprevisible. Lo menos que se puede sospechar es una oleada de huelgas y una campaña de agitación social importantes. La pobreza de Portugal es un factor esencial en este caso. Probablemente Mario Soares ha ido a caer en el socialismo de la época de la guerra fría, en el socialismo del que fue arquetipo en Francia Guy Mollet, que llevó a su partido a una situación difícil; no es de extrañar, ya que Alvaro Cunhal ha tratado de llevar el comunismo a los tiempos de Maurice Thorez. En general, es una situación antigua. Parece que los pueblos no aprenden de los demás y tienen que recorrer sus caminos por sí mismos.

Aun con el triunfo socialista en las elecciones legislativas, y el de su candidato en estas presidenciales, podría decirse que la izquierda ha sido derrotada en Portugal y ha perdido su revolución. Es su culpa. Salida de la larga clandestinidad, del destrozamiento fascista, el exilio y la cárcel no le han servido de escuela, ni tampoco lo sucedido en el resto del mundo. Esta izquierda portuguesa no supo aprovechar las corrientes del 25 de abril. Soares fue más hábil, pero sólo desde un punto de vista de política práctica; esto es, de conquista del poder, sin darse demasiada cuenta, o sin importarle, que fuese un poder condicionado y un poder desnaturalizado. Lo tiene ahora en sus manos y en realidad lo que importa es lo que puede hacer, lo que le dejan hacer, y hasta que punto puede situar las líneas y las doctrinas socialistas en el país. Podría ocurrir que los Estados Unidos y el mundo europeo, sobre todo las socialdemocracias en el poder en el Norte de Europa, se volcaran en beneficiar a Portugal, con objeto de consolidar un ré-

gimen que les complace plenamente y que con tanto interés y tantos y tan diferentes medios —desde un embajador de los Estados Unidos “de choque” hasta los espaldarazos políticos de la prensa mundial—, aunque sin olvidar que todo lo que se da hay que pagarlo de algún modo. Si esto sucediese, tanto Eanes como Soares son políticos con fama de honestos y de incorruptibles, su Administración sería honrada y podría subir rápidamente el nivel de vida. A condición de que a la honestidad uniesen una inteligencia administradora, lo cual no tiene por qué ir unido. Sólo esta rápida elevación del nivel de vida podría evitar males mayores.

Pero puede ocurrir muy bien que la política de austeridad enfocada, como se supone, por un beneficio a las industrias y una contención de salarios, a la antigua usanza capitalista —ya que todo es antiguo— o la gran pobreza del país, devorase esta ayuda. O que el pueblo no pueda esperar mucho tiempo los beneficios de una política económica que ha de planearse a largo plazo. Y que no comprenda bien cómo no se ha podido ir a una economía socialista o parasocialista, de participación obrera en las empresas, de autogestión, o de cualquier otro de los sistemas sociales que se ensayan en el mundo. Podría sobrevenir una catástrofe.

Entre los dos extremos, el de una rápida mejora del nivel de vida y el de una catástrofe social y económica, hay otros pronósticos factibles. Uno de ellos es el de la evolución más o menos lenta de Portugal por la vía en que han ido otros países del Sur, y siguiendo ejemplos históricos —que no tienen por qué ser necesariamente iguales—: una revisión profunda dentro del partido comunista en un sentido que le aproxime más al “eurocomunismo”, una pérdida de prestigio del partido socialista por la dificultad de encontrar salidas desde el poder, una fuerza de la derecha de la alianza con los socialistas y, a la larga, un encuentro socialistas-comunistas como el de Francia. Muy a la larga. Y desde luego con personajes que no fuesen ya ni Alvaro Cunhal ni Mario Soares. Estos han cumplido sus papeles históricos con años de retraso sobre las realidades actuales y con poco conocimiento de los vectores que tiran de Portugal dentro del mundo.

Los próximos días van a traer noticias: la formación del gobierno, del que serán ya por primera vez excluidos los comunistas, sea monocolor o sea de alianza: la desaparición de este gobierno ante la Asamblea elegida el 25 de abril, y las primeras medidas de un gobierno “normal”, desprendido ya de la provisionalidad. Repitamos, de la provisionalidad oficial. Porque la otra permanece y sus características son considerablemente inseguras. ■ E. H. T.

# El "impasse" italiano

CUANDO quede formado el Parlamento italiano, el 5 de julio, el Presidente de la República deberá designar un encargado de formar Gobierno. Las posibilidades presidenciales en la Constitución italiana no son muchas: deberá consultar a las personalidades del partido más fuerte y designar a quien le indiquen. El partido más fuerte es la Democracia Cristiana. La cual intenta todavía reconquistar a los socialistas, que, sin embargo, prometieron solemnemente no participar jamás en una alianza que les ha devorado. Con ellos, con los republicanos y los socialdemócratas, la DC lograría una coalición con quince votos de mayoría en la Cámara: una amenaza perpetua. Y unas disensiones internas continuas. Si la DC se vuelve hacia la derecha —incluyendo fascistas—, estaría a falta de nueve votos para tener la mayoría absoluta. La fórmula de “compromiso histórico” es la que reuniría en un mismo Gobierno a democristianos, comunistas, socialistas y alguna formación pequeña. La mayoría de la DC se niega a esa fórmula, que sería la única capaz de sacar adelante a Italia. Tampoco puede. Las presiones son muy fuertes. No lo toleran el gran capital, el Vaticano, Estados Unidos y la OTAN. Las medidas de represalia

de que el Presidente designe a un demócrata —cristiano posiblemente Moro, y éste forme un Gobierno de Democracia Cristiana. Es decir, el regreso a la situación anterior a las elecciones. Peor: porque ahora la oposición comunista ha aumentado. Si la situación era inviable antes, hasta el punto de obligar a la disolución del Parlamento, inviable sigue siendo ahora. Y la DC, gobernante precaria, estará más dividida. El ala izquierda, relativamente renovadora, que se señaló con la elección de Zaccagnini, estará cada vez más distanciada de la alianza de la calle. En los Sindicatos, en las fábricas, en el campo. Los trabajadores están satisfechos con la ascensión impresionante del Partido Comunista: creen que sin los juegos de la ley electoral de la posguerra, sin la suma de los fascistas a la DC, sin las presiones exteriores, el partido habría ganado la mayoría absoluta. Creen que Italia es de izquierdas y que la va a seguir gobernando la derecha.

Con la repetición del Gobierno “monocolore” y de la situación sin salida, la DC va a tener que llegar a un pacto tácito con el Partido Comunista para no entonarse en continua minoría en la



La DC, gobernante precaria, está más dividida después de las elecciones. El ala izquierda relativamente renovadora que se señaló con la elección de Zaccagnini estará cada vez más distanciada del ala derecha que dirige Fanfani, a quien vemos en la fotografía.

deben ser muy fuertes: desde el descubrimiento de algunos escándalos económicos —como el de los aviones “Lockheed”— hasta un cerco económico como el que aprisionó a Chile. Y una agitación callejera —la “estrategia de la violencia”— que destruyera todas las posibilidades de gobernar. Estas mismas condiciones prevalecerían en el caso de un Gobierno de izquierdas, aparte de que aun contando con la anuencia socialista a un Gobierno popular —lo cual es imposible—, todas esas fuerzas no alcanzarían la mayoría absoluta. Sumando todos los diputados posibles, aún faltarían veinte escaños.

¿Entonces? La máxima probabilidad en estos momentos —y todo puede variar, porque se busca una fórmula— es

Cámara. Un “compromiso histórico” de carácter clandestino. Ya estaba sucediendo antes. Pero, para ello, va a tener que hacer una política de izquierdas. Una política de izquierdas en Italia es principalmente una política de fiscalidad contra los ricos y de mejoras salariales sustantivas a favor de los no privilegiados, una reforma de costumbres, empezando por una ampliación del divorcio y un nuevo examen de la cuestión del aborto. Pero esa política de izquierdas no sería tolerada por la derecha del propio partido; y por los enemigos ya enumerados: el gran capital, los Estados Unidos, el Vaticano, el Mercado Común...

La DC, naturalmente, va a aceptar este Gobierno monocolore, si no apare-

ce otra fórmula, que siempre será mala. Estará labrando su ruina. El partido está ya roto por dentro; un Gobierno precario, un Gobierno que asuma la inflación que no podrá detener, las huelgas que estallarán hacia septiembre-octubre, la agitación callejera, hará patente más que nunca sus propias divisiones internas. Lo que amenaza ahora a la Democracia Cristiana es un estallido desde dentro. Podría entonces configurarse Italia más allá de esta bipolarización que es la tónica general de las elecciones: ciertos grupos democristianos se inclinarían realmente hacia un centro que no ha sabido ser nunca la DC, a pesar de su vocación y de su enunciado, donde se encontrarían con socialistas, socialdemócratas, republicanos. El otro sector se iría decididamente hacia la derecha, hasta llegar a la colaboración, táctica o no, con los fascistas. El grupo que se fuese a la derecha estaría dominado por ella, por la derecha tradicional; el del centro, por el Partido Socialista. Que desde la oposición en la que ya se encuentra, salvo un funesto error de última hora, debería ir creciendo y recuperar un peso que es imprescindible en una democracia occidental. La aventura de De Martino y sus socialistas italianos es como la de Mario Soares y sus socialistas portugueses: la de un anticomunismo que les ha llevado a la derecha. La de los socialistas italianos fue rentable un tiempo, la de los socialistas portugueses lo es ahora y lo va a seguir siendo durante algo más de tiempo. Pero no tiene demasiado porvenir.

Varios de los grandes temas que se debaten en Italia son temas europeos muy generales, aunque la anécdota resulte muy peculiar, muy propia de su situación histórica, económica y política. Desenfocada por la cuestión comunista y su nueva acepción, el anticomunismo, no permite ver el fondo de arrastre de posguerra, la apropiación de la gran industria de los bienes de la nación, la recuperación de la lucha de clases y la necesidad de crear una sociedad nueva, más abierta y más libre, como se prometió en la posguerra. Es la suma de todos esos impulsos la que cuenta. Los únicos que han sido capaces de comprenderlo son —en Italia: no así en otros países— los comunistas. Los demás partidos se han inmovilizado. Este es el beneficio que los comunistas han recogido de su aislamiento y de su ostracismo. ■



El optimismo electoral de Kissinger no parece tener demasiado fundamento: la OTAN sigue en crisis, en los países europeos las fuerzas que tienden al neutralismo continúan aumentando y la coexistencia sigue un camino inevitable.

## Kissinger: un grito de victoria

La lucha entre la libertad y el comunismo ha sido ya ganada por las democracias industriales: con este grito de victoria inició Kissinger en Londres una conferencia en memoria del fundador del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, Alastair Buchan. El Instituto ha sido y es un instrumento de guerra fría encargado de inspeccionar la fuerza militar de la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia.

Los puntos esenciales de Kissinger para esta declaración de triunfo son los de que se han tomado una serie de medidas económicas conjuntas para hacer frente a la crisis que van a dar un resultado inmediato de restauración de la comunidad; que la dirección de Estados Unidos sigue siendo necesaria, aunque los otros países tienen su voz para que todo el conjunto sea suficientemente democrático; que los Estados

Unidos no sólo van a mantener su actual fuerza militar en Europa, sino que la van a incrementar (citó concretamente el envío de nuevas fuerzas militares de su país al Norte de la República Federal de Alemania); que la unidad de Europa se va fraguando en un sentido que no es ya opuesto al de Estados Unidos.

A partir de esta nueva situación, ya es posible negociar con la Unión Soviética y con los países del Este, puesto que estos han debido advertir, según Kissinger, que ni su desafío militar puede prevalecer ni su penetración política en el mundo de Occidente tiene ya posibilidades.

Todo este texto parece, sobre todo, un discurso de propaganda electoral en favor del Presidente Ford. Son los dos temas esenciales de la campaña, y aquellos de que más le acusan los adversarios. Según éstos, Ford y Kissinger habrían permitido el avance incesante de la URSS en el mundo, la disidencia de los países europeos y estarían perdiendo terreno al continuar la coexistencia o las negociaciones con la URSS.

Fuera de este contenido electoral y del objetivo de impresionar a sus aliados europeos, la conferencia de Kissinger no parece tener mucho alcance real. La OTAN sigue en crisis, en los países europeos las fuerzas que tienden al neutralismo —o desgajamiento de los Estados Unidos— están en continuo aumento. La URSS sigue siendo una potencia militar de primer orden, capaz de contener el desafío de los Estados Unidos, y la coexistencia, inventada por la propia URSS, sigue un camino inevitable, a pesar del nuevo desarrollo de la guerra fría. Es cierto que los Estados Unidos, desembarazados de la guerra de Vietnam y con un gran éxito en la exportación a sus aliados europeos de sus dificultades económicas, presentan hoy una imagen política y económica mucho mejor que la de los últimos años, pero esa es otra cuestión. Es una cuestión imperial, ajena a la forma en que fue presentada por el secretario de Estado.

El grito de victoria no tiene mucho fundamento. Es un optimismo electoral y una forma de colocarse un pedestal más sólido bajo sus propios, tambaleantes pies. ■

## EL COMPROMISO DE LOS COMUNISTAS

Con dificultades, reticencias y desconfianzas mutuas, veintiocho partidos comunistas europeos se reúnen en Berlín Este los días 29 y 30 con objeto de aprobar un documento común en el que se puntualicen en qué temas están de acuerdo los diferentes partidos comunistas. Es una conferencia que se viene preparando desde hace más de dos años y aplazando con singular reiteración: incluso en los quince días anteriores a esta convocatoria había noticias contradictorias sobre la posibilidad de su realización.

Puede, sin embargo, el tema esquematizarse con alguna facilidad: hay un comunismo triunfante y un comunismo militante. El comunismo triunfante es el de los ocho partidos de este régimen en Europa (en realidad, nueve: pero Albania está en la "línea china" y no participa) presentan un relativo bloque: dentro de él, Yugoslavia —Tito estará presente en la Conferencia— ha mantenido siempre un espíritu dis-

idente de la unidad de bloque, y en otros países hay una tendencia a la separación, dentro de lo posible, de la URSS: Rumania, oficialmente, y Checoslovaquia, por una mayoría nacional no representada por la actual dirección del partido. El comunismo triunfante defiende las líneas más clásicas, más conservadoras del movimiento, y su propia interpretación del marxismo-leninismo basada en la práctica de la revolución de octubre y sus consecuencias desde 1917 (extensión mundial del comunismo, revitalización de las naciones con dicho régimen, conversión de la URSS en primera potencia mundial), mientras que el comunismo militante considera irrepugnables las condiciones de 1917, dudosos los resultados de libertad interior y dinámica doctrinal en la URSS. Inaceptable la dirección de Moscú y necesaria una adaptación de las doctrinas de Marx.

El documento redactado, en forma de manifiesto, trata de salvar esas diferencias, a partir de una

aceptación de los principios de independencia total de cada partido en su país. La idea general que se desprenderá del manifiesto que se publique y firme el día 30 es, según parece, un reconocimiento de la pluralidad. Será posiblemente un documento de compromiso destinado a salvar la apariencia de unidad de lo que un tiempo fue un bloque homogéneo y disciplinado.

Más que el documento, será de gran interés conocer los discursos o ponencias de cada uno de los partidos. Se verá, sobre todo, la posibilidad de que dentro de esta libertad de cada uno, tres grandes partidos occidentales —el italiano, segundo en fuerza en su país; el francés, que ha salido de su aislamiento y se presenta con un programa conjunto con otras fuerzas de izquierda, y el español, todavía clandestino, pero integrado en la Coordinadora de la oposición— puedan llegar entre sí a formar un instrumento conjunto. ■